

Por eso en mis estériles canciones  
El blando són del agua me adormece,  
Y entre pardos y errantes nubarrones,  
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo  
Del aura que los árboles menean,  
De la tórtola triste el ronco arrullo,  
Y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,  
Los antiguos y góticos castillos,  
Y el granizo se estrella en sus cristales,  
O azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusión tranquila,  
Si creéis que en mis cánticos murmurara  
Ya el aura que en los árboles vacila,  
Ya el mar que ruga en la tormenta oscura;

Si al són gozais de mi canción que mienta  
Ya el bronco empuje del errante trueno,  
Ya el blando ruido de la mansa fuente  
Lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llama á las cerradas rejas  
De una hermosura, á cuyos piés suspiro,  
Sentís tal vez mis amorosas quejas,  
Y os sonreis cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparición nocturna  
La raza evoco que en las tumbas mora,  
Os entremece en la entreabierta urna  
Respondiendo el espíritu á deshora;

Si llorais cuando en cántico doliente  
Hijo extraviado ante mi madre lloro,  
O al cruzar por el templo reverente  
La voz escucho del solemne coro;

Si alcanzais en mi pálida mejilla  
Cuando os entono lastimosa endecha  
Una perdida lágrima que brilla  
Al brotar en mis párpados deshecha:

Todo es una ilusión, todo mentira,  
Todo en mi mente delirante pasa,  
No es esa la verdad que honda me inspira;  
Que esa lágrima ardiente que me abrasa.

No me la arranca ni el temor ni el duelo,  
No los recuerdos de olvidada historia;  
¡Es un raudal que inunda de consuelo  
Este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! madre feliz de la esperanza,  
Mágico alcázar de dorados sueños,  
Lago que ondula en eternal bonanza  
Cercado de paisajes halagüeños,

¡Dame ilusiones! dame una armonía  
Que arrulle el corazón con el oído

Para que viva la memoria mía  
Cuando yo duerma en eternal olvido.

Lejos de mí, deleites de la tierra,  
Fábulas sin color, forma, ni nombre,  
A quien un nicho miserable encierra  
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo  
Templo en mi corazón alzaros quiero,  
Que no importa vivir como el mendigo  
Por morir como Píndaro y Homero.

#### PEREZA.

¡Cuán descansadamente  
Lejos del vano mundo se reposa  
A la orilla de límpida corriente  
O de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,  
Sin luz los ojos, sin vigor los brazos,  
De la tranquila soledad el ruido  
Se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánima descansa  
De la ciega pasión, y su braveza,  
Y el cuerpo, presa de indolencia mansa,  
Se goza en su pacífica pereza.

Entonces no el tesoro  
Ni la sed del placer el alma aviva,  
El mas rico licor en copa de oro  
Entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta  
Por pensamientos de dolor cercada  
Que á su honda languidez yace sujeta,  
Y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,  
Sin un sonido sobre el labio abierto,  
Pasa la vida, cual por hondo lago  
De incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,  
Y así pasan pacíficas y bellas  
Cual las aves del viento voladoras,  
Cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,  
Y al grato són de una aura que murmura  
Tal vez se goza del reposo inerme  
Que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero  
Que pasen sin valor y sin fortuna,  
Ya al manso són del céfiro ligero,  
Ya al resplandor de la amarilla luna.

Y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,  
Y el són me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme;  
Henchidme de placeres los sentidos;  
Venid, eunucos, y al harem llevadme  
En vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,  
Dadme á beber el aura de la noche,  
Y á soborear las ráfagas livianas  
Que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al són de las olas  
Secar un corazón en solo un beso;  
Traedme mis esclavas españolas,  
Que el mio tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,  
Divertidme con danzas y canciones,  
Venid en lechos de fragantes rosas,  
Venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes  
Cuanto aroma encontréis en mi palacio,  
Y respiren sus anchos gabietes  
Ambar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,  
Tréncame con tu mano mis cabellos;  
Y tú, Inés, por quien Malaga suspira,  
Nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos  
Que aportan mis bajeles viento en popa,  
Presa que hicieron mis piratas bravos  
En un rincón de la dormida Europa.

Vengan á mi presencia,  
Y al són de sus extraños instrumentos  
Sirvan á mi poder y á mi opulencia,  
Si no con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;  
Cúbreme, Elvira, con tu schal de espumas,  
Y las tostadas sienas refrescadme  
Con abanico de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído  
Su suave són como murmullo blando  
De arroyo que á la mar baja perdido,  
De peña en peña juguetón rodando.

Cual tórtola que llama  
Con lento arrullo que en el viento pierde  
La descarriada tórtola á quien ama;  
De árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,  
Cantad en derredor mientras descanso,  
Y no sienta en mi voluptuoso sueño  
Mas que murmullo lisonjero y manso.

Ven, amorosa Elvira,  
Ven á mis brazos que de amor sediento  
El perezoso corazón suspira,  
Por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño,  
Sepa que estás, en mi descanso inerte,  
Cerca de mí para velar mi sueño,  
Cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo en la yerba tendido,  
A la sombra de un álamo frondoso  
Entreveré con ojo adormecido  
Cuál velas mi descanso silencioso.

El sol á lento paso  
Hundió en el mar su faz esplendorosa,  
Marcando su camino en el ocaso,  
Vivo arrebol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente  
Con monótono arrullo le despide,  
Y arrastrando sus ondas lentamente  
El ancho espacio de sus ondas mide.

Solo queda en la tierra  
El vapor del crepúsculo dudoso,  
Y el vago aroma que la flor encierra  
Se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,  
Y las brisas volando se estremecen,  
Y su soplo en los árboles creciendo,  
A su soplo los árboles se mecen,

Trémulas van las olas  
Bajó su alas mansas y ligeras,  
Reflejando las sueltas banderolas  
De las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,  
La bóveda al cruzar del firmamento,  
La inmensidad del Bósforo ilumina,  
Color prestando al invisible viento.

Y al són del mar vecino,  
Y al murmullo del viento caloroso,  
Y al reflejo del éter cristalino  
Se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga  
De la callada noche macilenta,  
Hasta la misma languidez fatiga,  
Y el ánima se rinde soñolienta.

¡Oh! bien haya el estío  
Con su tranquila y bochornosa calma,  
Que roba al corazón su ardiente brío,  
Y en blanda inercia nos aduerme el alma.

Ya de ese insomnio presa  
Me faltan voluntad y pensamiento,

## CADENA.

## I.

Nace la rosa y su boton desplega  
Orlada en torno de punzante espina,  
Y sobre la agua que los piés la riega  
Fresca se inclina.

Mas altanera cuanto mas hermosa,  
Su imágen mira en el tranquilo espejo,  
Y el sol del agua sobre el haz dudosa  
Pinta el reflejo.

El aura delante que al pasar murmura  
El dulce aroma de su cáliz bebe,  
La sorda abeja que su esencia apura  
Néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,  
Del césped brilla sobre el verde manto,  
Libre á su sombra el colorin exhala  
Rústico canto.

No hay flor mas bella... ¿mas á qué su orgullo  
Si el cierzo helado su boton despoja  
Y el agua arrastra su infeliz capullo  
Hoja tras hoja?

## II.

Huye la fuente al manantial ingrata  
El verde musgo en derredor lamiendo,  
Y el agua limpia en su cristal retrata  
Cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja  
Do mil caprichos al pasar dibuja,  
Y ola tras ola murmurando arroja,  
Riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,  
Fresco abanico el abedúl pomposo,  
Cañas y juncos retirada calle  
Sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente;  
¿Y á qué su empeño, si al bajar la cuesta  
Halla del rio en el raudal rugiente  
Tumba funesta?

## III.

Lánzase el rio en el desierto mudo,  
La orilla orlando de revuelta espuma,  
Y al eco evoca cuyo acento rudo  
Hierve en su bruma.

Su imágen ciñe pabellon espeso  
De áspera zarza y poderoso pino,  
Y entre las rocas divididas preso  
Busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramaje  
Que riega en torno misterioso ofrece,  
Y el pardo lobo, y el chacal salvaje  
Dél se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido  
La sed apaga en su raudal corriente,  
Y el arco cierra que sobre él partido  
Cuelga del puente.

¿Mas qué la sombra, el ruido y el perfume  
Valen del cauce que recorre estenso,  
Si el mar le cava cuando en él se sume  
Túmulo inmenso?

## IV.

¿El mar, el mar!—Remedo tenebroso  
De la insondable eternidad, espera  
De la trompa final el són medroso  
Para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables  
Jamás encuentra su avaricia llenos,  
De misterios conserva inmensurables  
Siempre preñados sus gigantes senos.

¿Eso es el mar!—Gemelo de la nada,  
Cinto que el globo por do quier rodea,  
Centinela fatal que encadenada  
La tierra guarda que sorber desea.

¿El mar!—Como él hondsísimo y oscuro  
El misterioso porvenir se estiende,  
Y tras su negro impenetrable muro  
Nada mezuina la razon comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada,  
Tras él se baja un escalon de tierra:  
Pasando el escalon, la puerta hollada  
Se abre, sorbe la víctima, y se cierra.

Y allá van sin cesar conforme nacen  
A morir uno y otro pensamiento,  
Brotan unos donde otros se deshacen,  
Bullen, caen, y se hunden al momento.

## V.

Rosas la fuente en la montaña brota,  
Sécense, caen, y bajan con la fuente  
Al rio que se va gota tras gota  
Al hondo mar que sorbe su corriente.

## EN UN ALBUM.

No sé si por el valle de la vida  
Cruzaré fatigado peregrino,  
Acabando cual flor que consumida  
Se seca entre los brezos del camino:

No sé si en pos de inspiracion ardiente,  
Rico y sediento el corazon de gloria,  
Le cruzaré cual rápido torrente,  
Rastro dejando de immortal memoria.

Mas ya rueda cual hoja que arrebatada  
Sonante y revoltoso torbellino;  
Ya baje como escelsa catarata  
Ufano con mi espléndido destino,

Cuando al borde de tumba solitaria  
Desparrame mis pobres pensamientos,  
De místias flores muchedumbre varia  
Secas entre mis últimos alientos,

¡Fiad, señora, que en tan triste lecho,  
Siempre leal y generoso amigo,  
Al ocupar mi cabezal estrecho  
Vuestra memoria dormirá conmigo.

## MISTERIO.

A MI AMIGO

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

¡Ay! aparta, falaz pensamiento,  
Que eterno en el alma bulléndome estás,  
Falsa luz que al impulso del viento  
En vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de tí por las sombras camino,  
Ni noche ni dia descanso tras tí;  
Es seguirte tal vez mi destino  
Y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa vision de mi vida,  
Mas vaga que el caos en forma y color,  
Te comprendo en mí mismo perdida,  
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa  
Me presta esperanza, me aviva la fé;  
Cual flor eres que aroma la brisa  
Y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imágen sombría y medrosa  
Me ciega y me arrastra en su curso veloz,  
Como nube que rueda espantosa  
En brazos del viento al compas de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,  
Y ya cual fantasma sangrienta y tenaz:  
En el valle, en la roca, en el templo  
Te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por do quiera te encuentran mis ojos,  
No miro ni tengo mas rumbo do quier,  
Ya te muestres preñada de enojos,  
Fantasma enemiga ó risueña mujer.

Yo no sé de tu esencia el misterio,  
Tu nombre y tu vago destino no sé,  
Ni cuál es tu ignorado hemisferio,  
Ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida,  
Mas paz, ni reposo, ni gloria que tú,  
Que en el cóncavo espacio perdida  
Tu alcázar en su ancho dosel de tisú.

Por su rica region las estrellas  
A veces brillante camino te dan;  
Y otras veces tus místicas huellas  
Por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando  
Que dice tu nombre imagino tal vez,  
Y un relámpago raudo pasando  
Tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo postrado al mirarte de hinojos  
Do quier que apareces levanto un altar,  
Y arrasados en llanto los ojos  
Tal vez insensato te voy á adorar.

Mas al ir á empezar mi conjuro,  
Mi torpe blasfemia, ó mi casta oracion,  
El oriente en su cóncavo impuro  
Me sorbe irritado mi blanca vision.

Y tu imágen me queda en la mente  
Informe, insensible cual bulto sin luz  
Que se crea el temor de un demente  
De lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?  
¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?  
¿No hay sin tí ni dolor ni placeres?  
¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin tí?

¿No hay un hueco do esconda mi frente?  
¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?  
¿No hay beleño que aduerma mi mente  
Que hierve encerrada de sombra en un mar...?

¡Oh! si gozas de voz y de vida,  
Si tienes un cuerpo palpable y real,  
Deja al menos, fantasma querida,  
Que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,  
Alguna sonrisa, fugaz serafin,  
Con que espere algun dia de bonanza  
El golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es solo ilusion peregrina  
Que el ánima ardiente soñando creó,  
¡Ay! deshad esa sombra divina,  
Que viene conmigo do quier que voy yo.

Si, deshadla, que en vano la miro  
En torno á mis ojos errante vagar,  
Si cual débil y triste suspiro  
Se pierde en los vientos al irla á abrazar.

Sí, deshadla, que torpe mi mano  
Su mano en la sombra jamas encontró,  
Ni el mas flébil lamento liviano  
Avaro en mi oído su lábio posó.

Muere al fin, ¡ó vision de mi vida!  
Mas vaga que el caos en forma ó color,  
A quien siento en mí mismo perdida,  
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino  
Que cruzando sediento el arenal,  
No encontrara jamas en su camino  
Mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa  
¿Qué rumbo ni qué término seguir?  
Sin tu vaga presencia misteriosa,  
Sin tu blanca ilusion ¿cómo vivir?

Abiéransen mis ojos á mirarte,  
Mis oídos tus pasos á escuchar,  
Y al fin desesperados de encontrarte  
Tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria  
De tus palabras al fingido són,  
Y solo respondiera á mi plegaria  
El latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo  
Mis lentas horas hechizando ven,  
Y el desierto arenal será contigo  
Huerto frondoso y perfumado Eden!

No espíres, misterioso pensamiento,  
Que dentro oculto de mi mente vas,  
Aunque no alcance el corazón sediento  
Tu santa esencia á comprender jamas.

No sepa nunca tu verdad dudosa;  
Vélame, si lo quieres, tu razón;  
Disípate á lo lejos vagarosa,  
Mas sé siempre mi cándida ilusion.

Al fin sabré que junto á tí respiro,  
Que estás velando junto á mí sabré,  
Y que aun brilla oscilando en lento giro  
La consumida antorcha de mi fé.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,  
Genio hermoso, ó quimérica ilusion,  
Si en esta soledad, cárcel del hombre,  
Dentro de tí te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamas saber quién eres,  
Astro de cuya luz gozando voy,  
Término de mi afán y mis placeres,  
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quien quier que seas, vano pensamiento,  
Mujer hermosa que soñando ví,

O recuerdo ó tenaz remordimiento,  
Ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,  
Si eres remordimiento te ahogaré,  
Si eres vision te seguiré perdida,  
Si eres una mujer yo te amaré.

## JUSTICIAS DEL REY DON PEDRO.

### I.

Cuando su luz y su sombra  
Mezclan la noche y la tarde,  
Y los objetos se sumen  
En la sombra impenetrable,  
En un postigo escusado  
Que á una callejuela sale  
De una casa, cuya puerta  
Principal da á la otra calle,  
Dos hombres que se despiden  
Se ven, aunque no se sabe  
Ni cuál de los dos se queda  
Ni cuál de los dos se parte.  
Ambos mirándose atentos,  
Ambos un pié hácia adelante,  
Parados en el dintel  
Están, y entrambos iguales.  
Por fin el mas viejo de ellos,  
Hundiendo el mustio semblante  
Entre el sombrero y la capa  
En ademán de marcharse,  
Torcó la cabeza á un lado  
Pronunciando un *no* tan grave,  
Que bien se vió que era el fin  
De las pláticas de enantes.  
Sin duda el otro entendido  
No encontró qué replicarle,  
Pues bajando la cabeza  
Callóse por un instante.  
"Buenas noches," dijo el viejo;  
Tartamudeó un "Dios le guarde"  
El otro, mas decidiéndose  
Hizo hácia el viejo un avance:  
"Mírelo bien, y cuidado  
No se arrepienta, compadre.  
— Nunca eché mas que una cuenta.  
— Piénselo bien, y no pase  
Sin contar lo que va de él  
A Don Juan de Colmenares.  
— Señor, replicó el anciano,  
En tiempos tan deplorables  
Ya sé que lo pueden todo  
Los ricos y los audaces.  
— Pues mire lo que le importa,  
Que rico y audaz, señales  
Son con que marca la fama  
A los que en mi casa nacen."  
Callaron por un momento,  
Y continuando mirándose,  
Dijo el viejo tristemente,

Aunque en tono irrevocable:  
"Nunca lo esperé de vos,  
Mas tampoco vos ni nadie  
Puede esperar mas de mí.  
— Pues entonces adelante;  
Idos, buen viejo, con Dios,  
Que estoy de prisa y es tarde."  
Cerró la puerta de golpe  
A escuchar sin esperarse  
Una respuesta que el viejo  
Tuvo tentación de darle:  
Y acaso por su fortuna  
Quedó á tal punto en la calle  
Para dársela á la puerta,  
Donde la deshizo el aire.  
Volvió el anciano la espalda,  
Y en dos golpes desiguales  
Sus pasos descompasados  
Pueden de lejos contarse;  
Porque sus piés impedidos  
Deben á su edad y achaques  
Una muleta que marcha  
Un pié que los suyos antes.  
La esquina á espacio traspuso,  
Y á poco otro hombre mas ágil,  
Saliendo por el postigo  
Siguió en silencio su alcance;  
Túvose al volver la esquina,  
Tendió los ojos sagaces,  
Y enderezó los oídos  
Atento por todas partes;  
Mas no oyendo ni escuchando  
De que poder recelarse,  
Tomando el rastro del viejo,  
Echó por la misma calle.

### II.

En un aposento ambiguo,  
Medio portal, medio tienda,  
Que hace asimismo las veces  
De cocina y de despensa,  
Pues da su entrada á la calle,  
Y en confuso ajuar ostenta  
Camas, hormas y un caldero  
Colgado en la chimenea,  
Hay seis personas distintas  
Que hacen al pié de la letra  
(Salvo el padre, que está ausente)  
Una raza verdadera.  
Un mozo de veinte abriles,  
Una muchacha risueña  
De diez y seis, tres muchachos,  
Y una anciana de sesenta.  
Y aunque á las veces nos turban  
Engañosas apariencias,  
Zapateros son de oficio,  
Si á espacio se considera  
Que está la estancia aromada  
Con vapores de pez negra,  
Que ribetea la moza,  
Y que el mozo maja suela.  
"Mucho tarda, dijo el último

Padre esta noche, Teresa.  
— Ya ha tiempo que ha anochecido.  
— Muchacho, atiza esa vela,  
Y deja quieto ese bote."  
Y esto diciendo en voz recia  
El mozo, siguió en silencio  
Cada cual en su tarea,  
El chico sitiando al bote,  
Ribeteando la doncella,  
Majando el mozo á compás,  
Y dormitando la vieja.

Con monótonos murmullos  
Arrullaban esta escena  
El són de la escasa lluvia  
De un aguacero que empieza,  
El no interrumpido són  
Con que hierve la caldera,  
Y el tumultuoso chasquido  
Con que la luz chisporrea.  
"¿Las nueve son? dijo el mozo.  
— Eso las ánimas suenan  
Con sus campanas, repuso  
Santiguándose Teresa.  
— ¡Las ánimas, y aun no viene!"  
Y echando atrás la silleta  
Se puso el mancebo en pié,  
Y encaminóse á la puerta.  
Al ruido que hizo en el cuarto,  
Despertándose la vieja,  
Dijo: "¿Rezais á las ánimas?—  
— Sí, señora, estése queda."

Así el mancebo la aldaba,  
Mas la habia alzado apenas  
Cuando un espantoso golpe  
Venció la puerta por fuera.  
"Muerto soy!" dijo una voz;  
Cayó un embozado en tierra,  
Y vióse un hombre que huía  
Al fin de la callejuela.  
En derredor del caído  
Se agolparon, que aun conserva  
Algun resto de la vida  
Que le arrancan á la fuerza;  
Mas no bien le desenvuelven  
Por ver piadosos si alienta,  
Un grito descompasado  
Lanzó la familia entera.  
Blasfemó el mozo con ira,  
Desmayóse la doncella,  
Y la anciana y los muchachos  
En llanto á la par revientan.  
"Padre, ¿quién fué?" preguntaba  
Sosteniendo la cabeza  
Del anciano muribundo  
El hijo, que llora y tiembla,  
Echóle triste mirada  
Su padre, como quien lega  
Su razón y su justicia  
En quien se fija con ella.

"Juan..."

— ¿Qué Juan?

— De Colmenares,"

Balbuéó con torpe lengua,

Y sobre el brazo del hijo  
Dobló la faz macilenta.  
Reinó un silencio solemne  
Por un instante en la escena,  
Y á reunirse empezaron  
Vecinos de ambas aceras.  
Llegó la justicia al punto,  
Y mientras *justicia* ella  
Partió por la turba el mozo  
En faz de intencion siniestra.  
“¿Dónde va? dijo un corchete.  
—Siendo yo su sangre mesma  
¿Adónde sino al culpable?  
—Soy con vos.

—Enhorabuena.  
—Por si acaso, va seguro.”  
Dijo para sí el de presa,  
Mientras el mozo resuelto  
Ganó á una esquina la vuelta.

## III.

Son treinta dias despues,  
Y el mismo lugar y hora,  
La misma vieja y los chicos  
Con mesa, mancebo y moza.  
Cada cual en su tarea  
Sigue en paz, aunque se nota  
Que todos tienen los ojos  
Del mancebo en la faz torva,  
El, sin embargo, en silencio  
Prosigue atento su obra  
Sin levantar la cabeza,  
Que sobre el pecho se apoya;  
Tan doblada la mantiene,  
Que apenas la llama roja  
Que da la luz, alumbrarle  
Las cejas fruncidas logra;  
Y alguna vez que el reflejo  
Las negras pupilas toca,  
Tan viva luz reverberan  
Que chispas parece brotan.  
La verdad es, que una lágrima  
Que á sus párpados asoma  
Viene anunciando un torrente  
En que el corazon se ahoga.  
Y el mozo, por no aumentar  
De los suyos la congoja,  
A duras penas le tiene  
Dentro el pecho y le sofoca.  
Largo rato así estuvieron  
En atencion afanosa,  
Todos mirando al mancebo,  
Y éste mirando á sus hormas;  
Hasta que al cabo Teresa,  
Mas sentida ó mas curiosa,  
Le dijo: “¿Estás malo, Blas?”  
Y á su voz limpia y sonora  
Siguió otro largo intervalo  
De larga atencion dudosa.  
Nada el hermano responde,  
Mas ella su afan redobla,  
Que no hay temor que la tenga

La valla de una vez rota  
“¿Cómo estás tan cabizbajo . . . . .?”  
Y aquí Blas interrumpióla.  
“¿Y qué tengo que decir  
A quien sin padre y sin honra  
Debe vivir para siempre?”  
Y aquí la familia toda  
Rompió en ahogados sollozos  
A tan infausta memoria.  
Sosegóse, y siguió Blas  
En voz lamentable y honda:  
“El rico, y nosotros pobres;  
Débil la justicia, y poca,  
Y el rey en caza y en guerra,  
¿Qué puede alcanzar quien llora?  
—¿Qué, por libre se atruvieron. . . . .?  
—Poco menos, pues sus doblas  
Pudieron mas con los jueces  
Que las leyes.

—“Las ignoran!”  
Dijo indignada Teresa.  
“No, hermana: las acogotan!”  
Contestó Blas, sacudiendo  
Su mazo con ciega cólera.  
Siguió en silencio otro espacio,  
Y otra vez Teresa torna:  
“¿Mas la sentencia cuál fué?”  
Dijo, y calló vergonzosa.  
“¿La sentencia pides? óyela.”  
Todos se echaron de golpe  
Sobre la mesilla coja,  
Que vaciló al recibirles,  
A oír lo que tanto importa.  
“Sabeis que el de Colmenares  
Hoy pingüe prebenda goza  
En la iglesia, y que á Dios gracias,  
Y á mi diligencia propia,  
Se le probó que dió muerte  
A padre (que en paz reposa).  
Pues bien, no sé por qué diablos  
De maldita gerigonza  
De conspiracion, que dicen  
Que con su muerte malogra,  
Dieron por bien muerto á padre,  
Y al clérigo . . . . .

—¿Le perdonan?  
—No, vive Dios, le condenan;  
¿Mas ved qué dogal le ahoga!  
Condénanle á que en un año  
No asista á coro, mas cobra  
Su renta, es decir, le mandan  
Que no trabaje, y que coma.”

Tornó á su silencio Blas,  
Y á sus sollozos la moza,  
Ella cociendo sus cintas,  
Y él machacando sus hormas.

## IV.

Está la mañana limpia,  
Azul, trasparente, clara,  
Y el sol de entre nubes rojas

Espléndida luz derrama;  
Toda es tumulto Sevilla,  
Músicas, vivas y danzas;  
Todo movimiento el suelo,  
Todos murmullos el aura;  
Cruzan literas y pajes,  
Monjes, caballeros, guardias,  
Vendedores, alguaciles,  
Penachos, pendones, mangas.  
Flota el damasco y las plumas  
En balcones y ventanas,  
Y atraviesan besamanos  
Donde no caben palabras.  
Descórrense celosías,  
Tapices visten las tápias,  
Los abanicos ondulan,  
Y los velos se levantan.  
Cuantas hermosas encierra  
Sevilla á su gloria saca,  
Cuantos buenos caballeros  
En sus fortalezas guarda,  
Ellos porque son galanes,  
Y ellas porque son bizarras;  
Las unas porque la adornen,  
Los otros para admirarlas.  
Oyense á lejos clarines,  
Y chirimías y cajas,  
Y á lengua suelta repican  
Esquilones y campanas.  
Mas no vienen los hidalgos  
Armados hasta las barbas,  
Ni el pálido rostro asoman  
Las bellas amedrentadas;  
Que no doblan los tambores  
El són agudo de alarma,  
Ni las campanas repican  
Arrebato arrebatadas:  
Que es *procesion del Corpus*,  
Que ya traspone las gradas  
Del átrio, y el rey don Pedro,  
Acompañándola baja.  
Padillas y Coroneles  
Y Alburquerque se adelantan,  
Con Osorios y Guzmanes,  
Pompa ostentando sobrada.  
Y bajo un palio don Pedro  
De ocho punzones de plata,  
Descubierta la cabeza,  
Y armado hasta el cuello marcha.  
En torno suyo el cabildo  
Diez individuos encarga  
Que de excuderos le sirvan  
En comision poco santa;  
Mas tiempos son tan ambiguos  
Los que estos monges alcanzan,  
Que tanto arrastran ropones  
Como broqueles embrazan.  
Entre ellos se vé á don Juan  
De Colmenares y Vargas,  
Que deja por vez primera  
La reclusion de su casa.  
No porque el año ha cumplido,  
Sino porque el año paga,

Y doblas redimen culpas  
Si se confiesan doradas.  
Rosas deshojan sobre ellos  
Las hermosísimas damas,  
Y toda es flores la calle  
Por donde la corte pasa.  
Envidia de las mas bellas  
Salió á un balcon del alcázar  
La hermosísima Padilla,  
Orígen de culpas tantas.  
Hízola vénia don Pedro,  
Y al responderle la dama,  
Soltó sin querer un guante,  
Y ojalá no le soltara.  
Lanzóse á tomar la prenda  
Muchedumbre cortesana:  
Muchos llegaron á un tiempo,  
Mas nadie tomarla osaba,  
Que fuera accion peligrosa  
Aparte de lo profana.  
Partiendo la diferencia  
Salió de la fila santa  
El bizarro Colmenares  
Con intencion de tomarla.  
Mas no bien dejó su mano  
Del pálio el punzon de plata,  
Y puso desde él al rey  
Cuatro pasos de distancia,  
Cuando un mancebo iracundo  
Con irresistible audacia  
Se echó sobre él, y en el pecho  
Le asentó dos puñaladas.  
Cayó don Juan, quedó el mozo  
Serenó en pié entre los guardias,  
Que le asieron, y don Pedro  
Se halló con él cara á cara.  
La procesion se deshizo,  
Volvió gigante la fama  
El caso de boca en boca,  
Y ya prodigios contaban.  
Juntáronse los soldados  
Recelando una asonada;  
Cercaron al rey algunos,  
Y llenó al punto la plaza  
La multitud codiciosa  
De ver la lucha empezada  
Entre el sacrilego mozo  
Y el sanguinario monarca.  
Duró un instante el silencio  
Mientras el rey devoraba  
Con sus ojos de serpiente  
Los ojos del que le ultraja.

“¿Quién eres?” dijo, por fin,  
Dando en tierra una patada.  
“Blas Perez,” contestó el mozo  
Con voz decidida y clara.  
Pálido el rey de coraje  
Asióle por la garganta,  
Y así en voz ronca le dijo,  
Que la cólera le ahogaba:  
“¿Y yendo tu rey aquí,  
Voto á Dios, por qué no hablaste,

Si con ocasion te hallaste  
Para obrar con él así?"

Soltóse Blas de la mano  
Con que el rey le sujetaba,  
Y señalando al difunto  
Repuso tras breve pausa:  
"Mató á mi padre, señor,  
Y el tribunal por su oro  
Privóle un año del coro,  
Que en vez de pena, es favor."

—Y si vende el tribunal  
La justicia encomendada,  
¿No es mi justicia abonada  
Para quien justicia mal?  
—Cuando el miedo ó la malicia  
(Dijo Blas) tuercen la ley,  
Nadie se fia en el rey,  
Medido por su justicia."

Calló Blas, y calló el rey  
A respuesta tan osada,  
Y los ojos de don Pedro  
Bajo las cejas chispeaban.  
Tendiólos por todas partes,  
Y al fuego de sus miradas,  
De aquellos en quien las puso  
Palidecieron las caras.  
Temblaron los mas audaces,  
Y el pueblo ansioso esperaba  
Una esplosion en don Pedro  
Mas recia que sus palabras.  
Rompió el silencio por fin,  
Y en voz amistosa y blanda  
El interrumpido diálogo  
Así con el mozo entabla:  
"¿Qué es tu oficio?"

—Zapatero.  
—No han de decir, vive Dios,  
Que á ninguno de los dos  
En mi sentencia prefiero."  
Y encarándose don Pedro  
Con los jueces que allí estaban,  
Dando un bolsillo á Blas Perez,  
Dijo en voz resuelta y alta:  
"Pesando ambos desacatos,  
Si con no rezar cumple él  
En un año, cumples fiel  
No haciendo en otro zapatos."

Tornóse don Pedro al punto,  
Y brotó la turba osada  
Murmillos de la nobleza  
Y aplausos de la canalla.  
Mas viendo el rey que la fiesta  
Mucho en ordenarse tarda,  
Echando mano al estoque  
Dijo así ronco de rabia  
"La procesion adelante,  
O meto cuarenta lanzas  
Y acaban, voto á los cielos,  
Los salmos á cuchilladas."

*Y como consta á la iglesia  
Que es hombre el rey de palabra,  
Siguiéron calle adelante  
Pálio, pendones y mangas.*

LEIDOS POR LOS ACTORES

## EN EL TEATRO DEL PRINCIPE

en los dias 6 de Setiembre y 11 de Octubre de 1839.

HERMANOS COMO ESPAÑOLES.

Hartas, ¡oh patria! lágrimas corrieron,  
De sangre fraternal hartos arroyos,  
De hartos valientes el sepulcro fueron  
Charcas estensas, y profundos hoyos.

Hoy que calmada la sangrienta lucha  
Tremolan á la par anchas banderas,  
Blando suspiro en derredor se escucha,  
Corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados  
Ha largo tiempo reventar querian,  
Mas en la lid los ojos ocupados  
A vista de la sangre no podian.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,  
Y ya amigos y libres ciudadanos,  
La sangre de esas lizas olvidemos  
Que quema el corazon, mancha las manos.

LIBRES COMO ESPAÑOLES.

Libres tambien como nosotros eran,  
No mas su mengua tolerar pudieron,  
Y hélos aquí que con orgullo esperan  
Bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos de matar dolidos,  
Libres tended las callecidas manos,  
Que no hallareis traidores escondido  
Tras el difraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,  
Aquí la patria y religion y leyes;  
Que aquí igualmente repartir sabemos  
Libertad á los pueblos y á los reyes.

GENEROSOS COMO ESPAÑOLES.

No hay mas que un pabellon y una bandera;  
Un sol alumbra, un ídolo se adora;  
La frente ante él humillan altanera  
Ambas huestes vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea,  
Tumba á entrambas comun dió la montaña,

De ambas la sangre con honor se orea,  
Que á ambas dió sangre la orgullosa España.

Ambas al fin de libertad reciben  
Sin mengua ni mancilla el blando yugo,  
Ambas con leyes fraternales viven,  
Y donde no hay traicion sobre el verdugo.

Venid, hermanos, á la par nacimos,  
Al par dejamos la contienda fiera:  
¿Quereis mas. . . .? Olvidamos que vencimos.  
No hay mas que un pabellon, y una bandera.

Aquella antigua raza de valientes  
Cuyo brio español sembró el espanto  
Por medio de las huestes insolentes  
Que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que á Roma absoluta dieron leyes,  
Los que sus velas por la mar tendieron,  
Dando á otro mundo religion y reyes,  
Hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error como nacidos  
En contienda civil se desgarraron,  
Ellos solos en bandos divididos  
Despues que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;  
Por arreglar nuestras contiendas fieras  
Harto como valientes combatimos,  
Pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra  
De nuestras flores las silvestres calles,  
De nuestras mieses la pajiza alfombra,  
Y el verde pabellon de nuestros valles.

Que vale mas gozar en la pobreza  
Paz que á fuerza de sangre nos compremos,  
Que á otro pedir con criminal perezosa  
La libertad que conquistar podemos.

¡Sí, ciudadanos! raza de valientes  
Cuyo brio español sembró el espanto  
Por medio de las huestes insolentes  
Que huyeron en Clavijo y en Lepanto,

No olvideis que por premio merecido  
Esos *extraños* de la paz carcoma  
Querrán lo que salvar hemos podido  
De las guerras hipócritas de Roma.

No mas de sangre bajarán teñidos  
Los manantiales que la cumbre brota  
A contar á los pueblos afligidos  
En cada infausto triunfo una derrota.

No mas luchando con el rudo viento,  
De cuervos roncos agorero bando,

Vendrá á mecerse donde el són violento  
Del cóncavo cañon le esté llamando.

No mas al rayo de amarilla luna  
Vagarán por la noche en la montaña  
Las sombras de los héroes sin fortuna  
Que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron  
Cuando la vida por su patria dieron;  
La gloria y el sepulcro que compraron  
Cuando á los piés de su pendon cayeron.

¡Víctimas santas! ¡Sombras doloridas  
Que insepultas dormís en la llanura,  
Ya á traves dejan ver vuestras heridas  
Un sol de libertad y de ventura!

Ya podeis sin temor á la vergüenza  
Alzar los ojos del sangriento caos;  
No queda ya quien huya ni quien venza:  
¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receleis que al levantar la frente,  
Tras rota peña ó desplomado muro  
Quede algun campesino irreverente  
Que os asesie traidor plomo seguro.

Alzaos, sí; la paz de que gozamos,  
Nosotros solamente nos la dimos,  
No de extranjera grey la mendigamos,  
Que á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,  
Nuestra es la santa ley que obedecemos;  
Grande ó mezquina nuestra gloria sea,  
Obra fué nuestra, y nuestra la queremos.

¡Atras las lises de la intrusa Francia!  
¡Atras los mercaderes de Inglaterra!  
Mientras valor nos quede y arrogancia  
No ha de faltarnos libertad, ni tierra (1).

A LA LUNA.

Bendita mil veces la luz desmayada  
Que avaro te presta magnífico el sol;  
Bendita mil veces ¡oh luna callada!  
Tu luz que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,  
Que el mundo en silencio visitando vas,  
Esposa que viene constante á la urna  
Que guarda los restos del bien que amó mas.

En buen hora vengas, amante Lucina,  
En pos de tu bello dormido Endimion,  
Celosa asomando la faz argentina  
Por ese estrellado y azul pabellon.

(1) Esta última composicion fué prohibida por el ayuntamiento antes de ser leida. *¡Es que somos hoy muy españoles y muy atrevidos!*